

Frankenstein del neoliberalismo: libertad autoritaria en las "democracias" del siglo XXI*

[Traducciones]

*Wendy Brown, autora***

*Juan David Almeyda Sarmiento, traductor****



Quiero devolverle a Francia su libertad. Quiero sacarla de la cárcel.

MARINE LE PEN, abril de 2017

Me uní al UKIP porque creo que es el único partido que realmente valora la libertad y la aspiración. UKIP es más que independencia de la UE. Se trata de la independencia de un Estado niñera intervencionista y orwelliano; se trata de la independencia del individuo. Es el único partido que cree en la responsabilidad personal

* Artículo publicado originalmente en el volumen 1, número 1 (2017), páginas 60-79 de la revista *Critical Times*. Un agradecimiento especial a la revista *Critical Times* por otorgar el permiso debido para la publicación de la traducción. Algunos cambios en cuanto a temas de forma han sido realizados en comparación con la versión original en inglés por motivos de adecuación de la traducción a los formatos correspondientes de la revista *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*.

** Universidad de California, Berkeley

*** Universidad Industrial de Santander. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6463-6388>

y la igualdad de oportunidades, no en las consecuencias. Es el único partido que confía en la gente, no en los políticos y en la clase burocrática¹.

ALEXANDRA SWANN, *The Guardian*²

Le presenté a mi hija, estudiante de derecho de veintitrés años, [...] los videos de Milo [Yiannopoulos], y me dice que él la hace sentir aliviada, naturalmente. Y para mí, él es como una camisa holgada de flores en un ambiente completamente a cuadros.

NOMBRE OCULTO,
correspondencia privada con la autora

Una población predominantemente blanca, sin educación y creyente en un cristianismo evangélico, animada por el descontento, la rabia, las heridas o las tres, llevó a Donald Trump al poder³. Sí, también obtuvo el apoyo de algunos blancos educados, minorías raciales, ultrarricos, ultrasionistas, y el *alt-right*. Pero su base electoral sigue siendo los votantes estadounidenses blancos sin título universitario, muchos de los cuales reconocieron abiertamente que no estaba calificado para ser presidente⁴.

¹ Nota del traductor: para las citas de esta traducción se utilizaron, salvo una excepción, ediciones al español ya existentes de las obras, aquellas citas que no cuentan con una edición en español fueron traducidas desde su idioma original.

² Ver Swann (2012).

³ El 88 % de los votantes de Trump eran blancos en una nación donde los blancos constituyen el 62 % de la población. Él fue apoyado por más de la mitad de las votantes blancas; dos tercios de los votantes varones blancos; y casi dos tercios de los votantes blancos mayores de cincuenta años (ver Tyson y Maniam, 2016).

⁴ Trump se ganó el apoyo de dos tercios de los votantes blancos que no tenían un título universitario (Silver, 2016). En algún lugar, entre una quinta y una cuarta parte

Trump movilizó no solo el resentimiento de clase, sino también el rencor de los blancos, especialmente el de los hombres blancos, por la pérdida de un lugar de honor (social, económico, cultural y político) en el contexto de cuatro décadas de neoliberalismo y globalización.

De hecho, el neoliberalismo y el posfordismo, anterior a este, han sido mucho más devastadores para la clase trabajadora afroamericana. En 1970, más de dos tercios de los trabajadores negros urbanos tenían trabajos manuales; para 1987, esto se había reducido al 28 % (Shatz, 2017). Además del aumento del desempleo y el subempleo, los barrios negros pobres y de clase trabajadora se vieron gravemente afectados por la desfinanciación neoliberal de las escuelas públicas, los servicios y las prestaciones sociales, y las sentencias draconianas por delitos no violentos. Juntos, estos elementos resultaron en una economía explosiva de drogas y pandillas, una tasa catastrófica de encarcelamiento de negros y un abismo creciente entre las posibilidades para una pequeña clase media negra y el abandono social, económico y político del resto de los Estados Unidos de descendencia africana (Galligan, 2017). Pero esta devastación es producto de unas promesas incumplidas, no del rencor retrógrado por la supremacía o los derechos perdidos, ni de imagos políticos y sociales aplastados del yo, la raza y la nación.

Claramente, la reacción de los blancos contra el destronamiento socioeconómico de la política económica neoliberal, e incluso lo que Marine Le Pen denominó “globalización salvaje”, es rampante en todo el euroatlántico. Aquí los habitantes blancos de clase media y trabajadora se enfrentan a un acceso cada vez menor a los ingresos decentes de vivienda,

de los votantes de Trump, entrevistados en un sondeo a boca de urna, dijeron que no creían que Trump estuviera calificado para la presidencia, lo que sugiere que la propagación de sus frustraciones, su ira, su prejuicio y su odio general fue decisiva en su victoria (ver Roberts 2016).

escuelas, pensiones y futuros, por lo cual se han levantado en una rebelión política contra los usurpadores imaginarios y también contra los cosmopolitas y las élites que consideran responsables de abrir las puertas de sus naciones y tirarlas. Esto es lo que sabemos. Pero ¿cuál es la forma política de esta ira y su movilización? Los viejos términos comúnmente utilizados para describirlo —populismo, autoritarismo y fascismo— capturan inadecuadamente la extraña mezcla entre belicosidad, desinhibición y una combinación antidemocrática de licencia y apoyo al Estado en las formaciones políticas y sociales actuales. Tampoco lo identifican los elementos específicos de la razón neoliberal —un alcance radicalmente extendido de lo privado, la desconfianza de lo político y la negación de lo social, que juntos normalizan la desigualdad y destripan la democracia—, los cuales dan forma y legitiman estas airadas pasiones políticas de derecha blanca. Estos términos mencionados no captan el nihilismo profundo que convierte los valores en juguetes, la verdad en intrascendente y el futuro en una cuestión de indiferencia o, peor aún, en un objeto inconsciente de destrucción.

En lo que sigue, exploraré esta coyuntura desde un solo ángulo: ¿qué genera hoy las dimensiones antipolíticas, pero libertarias, y autoritarias de la reacción popular de la derecha? ¿Qué nuevas iteraciones y expresiones de libertad se han producido a partir de la coyuntura de la razón neoliberal, el agraviado poder masculino blanco, el nacionalismo y el nihilismo incondicional? ¿Cómo se ha convertido la libertad en la tarjeta de presentación y la energía de una formación tan manifiestamente no emancipadora, la cual es caracterizada, de hecho, rutinariamente como el presagio de una “democracia iliberal” en sus ataques a la igualdad de derechos, las libertades civiles, el constitucionalismo y las normas básicas de tolerancia e inclusión, y en sus afirmaciones de nacionalismo blanco, estatismo fuerte y líderes autoritarios? ¿Cómo y por qué la libertad se

fusión, en nuestro tiempo, con el antiliberalismo, el autoritarismo, la exclusión social legitimada y la violencia social? ¿Cómo esta fusión ha desarrollado una atractiva y modesta legitimidad en las naciones democráticas que antes eran liberales? Este ensayo no proporciona la genealogía que respondería a estas preguntas de manera integral, pero ofrece una primera incursión. Sigue varios afluentes históricos y se basa en el improbable trío teórico de Friedrich Hayek, Friedrich Nietzsche y Herbert Marcuse: Hayek para una explicación de la racionalidad política de nuestro tiempo, Nietzsche y Marcuse para las descripciones de los rencorosos, desinhibidos, antisociales, y la agresión nihilista que explota en el interior de la sociedad.

Las lógicas y efectos de la razón neoliberal

El neoliberalismo se entiende comúnmente como un conjunto de políticas económicas que promueven acciones, flujos y acumulaciones de capital sin restricciones mediante los aranceles e impuestos bajos, la desregulación de industrias, la privatización de los bienes y servicios anteriormente públicos, el despojo de los Estados de bienestar y la ruptura del trabajo organizado. Foucault y otros también nos han enseñado a comprender el neoliberalismo como una racionalidad gobernante que genera tipos distintivos de sujetos, formas de conducta y órdenes de significado y valor social⁵. A diferencia de la ideología —distorsión o mistificación de la realidad— la racionalidad neoliberal es productiva, constructora de mundo: economiza todos los ámbitos y esfuerzos humanos, a la vez que reemplaza un modelo de sociedad basado en el contrato social productor de justicia por una sociedad concebida y organizada como mercados y con Estados orientados por los requerimientos del mercado. A medida que la

⁵ Según las conferencias de Foucault (2018), he ofrecido un resumen de esta racionalidad en *Undoing Demos* (2015).

racionalidad neoliberal se convierte en nuestro omnipresente sentido común, sus principios no solo nos gobiernan a través del Estado, sino que invaden los lugares de trabajo, las escuelas, los hospitales, los gimnasios, los viajes aéreos, la vigilancia y todo tipo de deseos y decisiones humanas. La educación superior, por ejemplo, no solo está reconfigurada por la racionalidad neoliberal como una inversión del capital humano en la mejora de su propio valor futuro, sino que esta transformación hace literalmente ininteligible la idea y la práctica de la educación como un bien público democrático. Todo en las universidades se ve afectado por los niveles de matrícula y las prioridades presupuestarias, pero, también los planes de estudios, las prácticas de enseñanza y de investigación, los criterios de contratación y admisión y las preocupaciones y la conducta administrativas. Las coordenadas de naciones democráticas aparentemente liberales se reformatean de manera similar. Por ejemplo, poco después de su elección en 2017, el primer ministro francés, Emmanuel Macron, declaró su determinación de hacer de Francia una nación que “piensa y se mueve como una *start-up*” (Charlton, 2017). Al otro lado del océano, Jared Kushner, líder de la Oficina de Innovación Estadounidense de la Casa Blanca y encargado de “arreglar el gobierno con ideas de negocios”, proclamó: “El gobierno debería funcionar como una gran empresa estadounidense. Nuestra esperanza es que podamos lograr éxitos y eficiencias para nuestros clientes, que son los ciudadanos” (Parker y Phillip, 2017).

¿Cuál es la formulación específica de libertad que lleva la razón neoliberal? Esto varía un poco entre diferentes pensadores e instancias del neoliberalismo, pero se pueden hacer algunas generalizaciones. De manera más obvia, a medida que la libertad se somete a los significados del mercado, se la despoja de las valencias políticas que la unen a la soberanía popular y, por tanto, a la democracia. De este modo, la libertad se

equipara, totalmente, con la búsqueda de fines privados, no está debidamente regulada y se ejerce en gran medida para mejorar el valor, el posicionamiento competitivo o la participación en el mercado de una persona o empresa. Su único significado político es negativo y florecer donde la política y especialmente el Gobierno están ausentes. De esta manera, a medida que la razón neoliberal reconfigura el significado, los sujetos y los objetos de la libertad, también empaña a la izquierda con la oposición a la libertad *tout court*, no solo en la economía. Un breve giro hacia los neoliberales fundadores nos permitirá captar este movimiento con mayor precisión.

El pensamiento neoliberal nació a la sombra del fascismo europeo y del totalitarismo soviético. Independientemente de sus diferencias epistemológicas y ontológicas significativas, los pensadores de las escuelas Ordoliberal, Friburgo y Chicago, que fundaron la Sociedad Mont Pelerin, compartían la convicción de que estas formaciones oscuras estaban en un continuo con la planificación social generalizada y las economías políticas administradas por el Estado de su tiempo. Los estados de bienestar keynesianos, la socialdemocracia y la propiedad pública aparecen en el “camino de la servidumbre”. Estos últimos representan los peligros de elevar la noción de las naciones sociales, concebidas, por un lado, en términos de una sociedad en lugar de individuos, y, por el otro, de interferir con el orden espontáneo de la interdependencia y la provisión de las necesidades, generada al dar a la libertad individual el mayor espacio posible.

¿Por qué el ataque a la sociedad y lo social? Para los neoliberales, como dijo Margaret Thatcher, la sociedad no existe. La estrella polar intelectual de Thatcher, Friedrich Hayek (2006; 2010), condenó lo social como un término a la vez mítico, incoherente y peligroso, que también

antropomorfiza falsamente y se inspira en el animismo⁶. Lo que hace que la creencia en el reino de lo social sea tan nefasta para Hayek es que conduce inevitablemente a intentos de ubicar la justicia y el orden predeterminadamente en él. Esto, a su vez, implica socavar el orden dinámico entregado por la combinación de mercados y moral, ninguno de los cuales emana de la razón o la intención; más bien, ambos evolucionan espontáneamente (Hayek, 2006; 2010). Además, dado que la justicia se refiere a una conducta que se ajusta a las reglas universales, es un nombre inapropiado cuando se aplica a la condición o estado de un pueblo, como en el término “justicia social”. La justicia social, entonces, está equivocada, ataca la libertad en espíritu y, de hecho, ataca la moralidad tradicional, ya que inevitablemente intenta reemplazarla con la idea de bien de un grupo. Aparte de su papel en la implementación de políticas sociales equivocadas, ¿por qué los neoliberales también se oponen a lo político? Para Milton Friedman (2002), la doble amenaza de la política a la libertad reside en su concentración inherente de poder, que los mercados dispersan, y su instrumento fundamental de coerción, ya sea por mandato o por dictado, mientras que los mercados presentan opciones. Aunque él reconoce que alguna medida de poder político es indispensable para sociedades estables y seguras e incluso para la existencia y salud de los mercados (derecho de propiedad y de contratos, política monetaria, etc.), considera que todo acto político, norma o mandato disminuye la libertad individual. Incluso la democracia directa, siempre que no alcanza la unanimidad, compromete la

⁶ Nota del traductor: para las citas y referencias a la obra de Hayek se utilizaron las traducciones al español ya existentes de sus obras *La arrogancia fatal* (2010) y *Derecho, legislación y libertad* (2006). Sobre *The Constitution of Liberty*, a pesar de existir una edición en español disponible, la traducción de ciertos términos no es lo suficientemente fidedigna con ciertos conceptos usados por Brown en las citas, ejemplo de esto son el concepto de propiedad, omnisciencia y consciente. Por lo anterior, se prefirió dejar la versión original en inglés, pero con los fragmentos correspondientes traducidos.

libertad al imponer la voluntad de la mayoría a la minoría. Los mercados, en cambio, siempre permiten que prevalezcan las preferencias individuales, lo que equivale a obtener siempre lo que se vota en lugar de tener que someterse a mayorías. Friedman (1970) escribe:

El principio político que subyace al mecanismo del mercado es la unanimidad. En un mercado libre ideal que descansa sobre la propiedad privada, ningún individuo puede coaccionar a otro, toda cooperación es voluntaria, todas las partes de dicha cooperación se benefician o no necesitan participar. No hay valores, no hay responsabilidades “sociales” en ningún sentido que no sean los valores y responsabilidades compartidos de las personas. La sociedad es un conjunto de individuos y de los diversos grupos que forman voluntariamente. El principio político que subyace al mecanismo político es la conformidad. El individuo debe servir a un interés social más general, ya sea que lo determine una iglesia, un dictador o una mayoría. El individuo puede tener un voto y decir lo que se debe hacer, pero si es rechazado, debe conformarse.
(p. 126)

Friedrich Hayek también consideraba que la vida política comprometía la libertad individual, el orden y el progreso espontáneos que genera cuando se es disciplinada (por lo tanto, responsable) por la competencia. Esto es más que un resumen para un gobierno limitado. Más bien, para Hayek, la política, como tal, y la democracia, en particular, limitan la libertad ya que concentran el poder, restringen la acción individual, alteran el orden espontáneo y distorsionan los incentivos naturales, las distribuciones y, por lo tanto, la salud de los mercados. En *Law, Legislation and Liberty*, Hayek comienza con este epigrama de Walter Lippmann: “En una sociedad libre, el Estado no administra los asuntos de los hombres. Administra justicia entre los hombres que dirigen sus propios asuntos” (Lippmann, 1937, p. 267).

Sin embargo, incluso esta forma de plantear el asunto, en la medida en que se centra en el Estado y la economía, subestima la textura y el lugar de la libertad neoliberal, en la cual tanto la desregulación como la privatización se convierten en amplios principios moral-filosóficos que se extienden más allá de la economía. A medida que estos principios se afianzan, las restricciones a la libertad en nombre de la civilidad, la igualdad, la inclusión o los bienes públicos y, sobre todo, en el nombre de lo que Hayek (2006, p. 267) denomina “la peligrosa superstición” de la justicia social, están en un continuo con el fascismo y el totalitarismo. Para entender esto, debemos considerar más de cerca la estipulación de libertad de Hayek.

Para Hayek, la libertad prevalece donde no hay coerción humana intencional; está restringida únicamente por reglas, dictados o amenazas que se hacen cumplir. Ser libre o la libertad⁷, términos que él usa indistintamente, no son más que la “independencia frente a la voluntad arbitraria de un tercero”; y que “se refiere únicamente a una relación de hombres con otros hombres, y la única infracción es la coerción por parte de los hombres” (Hayek, 1960, pp. 59-60). Hayek rechaza explícitamente cualquier otro significado de libertad y es especialmente hostil a los significados que coquetean con la capacidad o el poder de actuar — “libertad para” — o que equiparan la libertad con la soberanía popular (Hayek, 1960). Él considera que estos usos no solo son incorrectos, sino peligrosos en la medida en que conducen a un sentido ampliado del derecho y, por lo tanto, al control estatal en forma de distribución de recursos y planificación social. La libertad concebida como agencia, capacidad o soberanía produce intervenciones que limitan la verdadera

⁷ Nota del traductor: en el original se hacen referencia a *freedom* y *liberty*. Para facilitar en el entendimiento de esta compleja distinción apelamos a un entendimiento de la primera como un estado del individuo, mientras que la segunda es una condición jurídica que garantiza dicho estado.

libertad y destruyen el orden espontáneo que genera. Dicho claramente, la libertad perseguida o practicada al margen de su sentido de mercado liberal (esto incluiría todos los proyectos de emancipación de la izquierda) se invierte inevitablemente en lo contrario de la libertad.

¿Por qué, según Hayek, surge un orden espontáneo de interdependencia y desarrollo civilizatorio solo en ausencia de intervención política? ¿Por qué esta hostilidad hacia los expertos, los planificadores e incluso los ordenamientos jurídicos complejos? La respuesta descansa en la teoría de la ignorancia social inherente de Hayek, su insistencia en que no existe ni puede haber un conocimiento maestro de la sociedad, ni por parte de los individuos ni de los grupos: “La defensa de la libertad individual se basa principalmente en el reconocimiento de la inevitable ignorancia de todos nosotros con respecto a muchos de los factores de los que depende el logro de nuestros fines y bienestar [...]. Si hubiera hombres omniscientes [...] habría pocas razones para la libertad” (Hayek, 1960, pp. 80-81). Para Hayek, el conocimiento sobre el que se han construido las civilizaciones está demasiado diseminado y profundamente sedimentado como para que alguien o cualquier grupo lo pueda reunir y procesar en cualquier lugar. Por lo tanto, un Estado que se entrega a la política o planificación social cometerá errores simultáneamente, restringirá la libertad, obstaculizará la innovación y el orden que generan los mercados y reducirá la disciplina y, por ende, la responsabilidad. Por lo tanto, la planificación o el control estatal son intrínsecamente opresivos, están plagados de errores y son socialmente desvitalizantes⁸. La libertad, por el contrario, genera una especie de diseño inteligente y secular cuando es disciplinada por la competencia que responsabiliza el uso de la libertad.

⁸ Ver el capítulo dos de Hayek (1960), que tiene por título “El poder creador de la civilización libre”, específicamente, pp. 75-90.

El principio fundamental puede resultarle familiar a Adam Smith, pero Hayek lo ha modificado significativamente y ha ampliado su ámbito. Como señala Foucault (2008), la modificación reemplaza el intercambio por la competencia como motor del orden y el desarrollo espontáneos y, por lo tanto, requiere que la competencia se instale en todos los dominios y se inculque en todos los sujetos. La expansión postula la libertad de mercado como un principio normativo y ontológico integral: toda sociedad es como un mercado y está mejor organizada como mercado, y toda libertad (personal, política, social, cívica) tiene una forma de mercado. Esta expansión es lo que convierte una teoría económica en cosmológica: el mismo tipo de libertad debería prevalecer en todas partes y es capaz de producir los mismos efectos positivos en todas partes. La libertad genera responsabilidad, la responsabilidad genera disciplina y la disciplina genera innovaciones sociales, eficiencias y orden.

La dimensión normativa de la teoría de Hayek anima el proyecto constructivista neoliberal para hacer de sus principios los que gobiernan ubicuamente⁹. Pero ¿cómo se afianza este proyecto normativo? Es decir, ¿cómo se expande la libertad a todos los dominios de la existencia? y, a la inversa, ¿cómo se limita y reduce el alcance y el poder de la política? La respuesta familiar es que esto sucede privatizando los bienes públicos y responsabilizando a los sujetos —la misión explícita del thatcherismo y el reaganismo en los años ochenta y noventa, y de todo el gobierno neoliberal desde entonces¹⁰—. Sin embargo, por importante que sea, la privatización

⁹ Es constructivista en el sentido de que los neoliberales entienden la economización y mercantilización de nuevas esferas no como algo que ocurra naturalmente, sino como un proyecto que involucra leyes, incentivos y nuevas formas de gobernanza.

¹⁰ Un ejemplo excelente es la "Ley de Reconciliación de Responsabilidad Personal y Oportunidades Laborales" (LRRPOP) de 1996 del presidente Bill Clinton, que tenía como objetivo "reemplazar la responsabilidad pública por el bienestar de las mujeres pobres con un sistema estatal de responsabilidad familiar privada". Para una excelente discusión, consulte Cooper (2016). En esta referencia, ella nos recuerda que la Ley hizo de la paternidad biológica, sin importar cuán distante de cualquier relación social

económica solo funciona en un extremo del problema que los neoliberales pretendían resolver, ya que elimina las restricciones a la libertad al eliminar la propiedad estatal y responsabilizar a los sujetos y las familias mediante el desmantelamiento de las disposiciones públicas. Más crucial para nuestros propósitos es la preocupación de Hayek por expandir el alcance y el reclamo de lo que él llama “la esfera personal protegida” para reducir el alcance de los reclamos políticos y desmantelar lo social (1960, p. 207). Aquí, fomentar el autocuidado individual no es el objetivo principal. Más bien, este proyecto de libertad implica designar cada vez más actividades como privadas, por lo tanto, apropiadamente desreguladas y debidamente protegidas de las normas democráticas. En palabras de Hayek, “el reconocimiento de la propiedad” es “el primer paso para delimitar la esfera privada que nos protege contra la coerción”, pero “no debemos pensar que esta esfera consiste exclusivamente, o incluso principalmente, en cosas materiales” (Hayek, 1960, p. 207). Más bien, esta esfera nos brinda “protección contra la interferencia con nuestras acciones”; bloquea la coerción, especialmente por parte de ese gran poder coercitivo, el Estado, pero también mediante normas democráticas ampliamente difundidas como la igualdad, la inclusión, el acceso e incluso la civilidad. Esto es más que un proyecto de privatización de lo público; tanto la zona como los objetos de lo privado se expanden para disputar el dominio y el poder de los enemigos de la libertad: el poder político y la creencia en lo social.

En los Estados Unidos, a medida que la racionalidad neoliberal se ha ampliado y profundizado, este principio abstracto de asegurar la libertad personal contra la presunta coercitividad de la vida política (incluido, entre otros, el Estado) se ha desarrollado de manera concreta tanto en la

o legal real con la madre o el hijo, una responsabilidad financiera de por vida para el “padre” para eximir al Estado de esta responsabilidad.

legislación como en el discurso popular. Está ampliamente movilizado por el derecho a desafiar las normas de igualdad, tolerancia e inclusión en nombre de la libertad y la elección. Este principio ha sido desplegado por la mayoría de la Corte Suprema para aumentar el poder de las corporaciones y estas puedan monopolizar y manipular partes cada vez mayores de la vida política; así les permite disfrutar de una protección cada vez mayor de la regulación y los mandatos políticos, y convierte la plutonomía neoliberal en una forma novedosa y despolitizada de plutocracia. Esta dinámica ha tomado forma en la jurisprudencia estadounidense a medida que los derechos civiles individuales (por ejemplo, el discurso irrestricto o la conciencia religiosa) se extienden a las corporaciones y a medida que la justicia se privatiza en forma de sustitución de procedimientos judiciales públicos y apelables por un arbitraje vinculante, confidencial y manipulado para los poderosos¹¹.

¹¹ El proyecto de empoderar a lo privado contra la democracia a través del discurso de la libertad es claramente evidente en la jurisprudencia de la Primera Enmienda en los Estados Unidos. En 2015, John C. Coates, profesor de Derecho Empresarial de Harvard, publicó un estudio que demostraba empíricamente lo que era obvio para cualquier ciudadano lector de periódicos: "las corporaciones han desplazado cada vez más [y con una velocidad creciente] a las personas como beneficiarios directos de la Primera Enmienda derechos" (p. 223). Otros estudiosos del derecho han ofrecido relatos convergentes con diferentes acentos políticos. En un artículo reciente en *The New Republic*, Tim Wu (2013) escribe, "una vez que fue el santo patrón de los manifestantes y los marginados, [La primera enmienda] se ha convertido en el favorito de los libertarios económicos y los abogados corporativos que han reconocido su poder para inmunizar a la empresa privada de las restricciones legales". Burt Neuborne (2013) sostiene que la tendencia surgió en los años setenta y ochenta porque "una sólida protección de la libertad de expresión encajaba perfectamente en el enfoque escéptico y desregulador de la derecha hacia el gobierno en general, y [...] alentó la transmisión vigorosa por parte de poderosos oradores de la colección de ideas recién energizada de la derecha". Además de empoderar a las corporaciones para dominar el proceso electoral, como lo hizo la infame decisión de *Citizens United*, la extensión de los derechos de libertad de expresión a las corporaciones ha sido especialmente útil para los sectores más despreciados de las grandes empresas: los productos farmacéuticos, el tabaco, el carbón, la carne industrial y las industrias de las aerolíneas han hecho un uso extensivo de los desafíos de la libertad de expresión a las restricciones publicitarias. También ha otorgado libertad religiosa a empresas grandes y pequeñas que desean rechazar el matrimonio homosexual o retener la cobertura del seguro de los empleados por métodos anticonceptivos que creen que no son cristianos. La administración Trump también se ha movido rápidamente para ampliar el derecho

Esta forma particular de privatización, sin embargo, hace más que desafiar los principios y prácticas de igualdad y antidiscriminación al expandir los derechos individuales de las personas y extenderlos a las corporaciones. La expansión de la “esfera personal y protegida” es también un medio de introducir valores, ordenanzas y reclamos familiares en espacios públicos organizados hasta ahora por leyes y normas democráticas. De esta manera, lo social y lo público no solo son economizados, sino familiarizados por el neoliberalismo: juntos desafían los principios de igualdad, secularismo, pluralismo e inclusión en el corazón de la sociedad democrática moderna, y les permite ser reemplazados por lo que Hayek denominó los “valores morales tradicionales” de la “esfera personal protegida”¹². Hay que considerar, en este sentido, la campaña, que ya tiene tres décadas, para reemplazar el financiamiento público de la educación por sistemas de vales individuales que permitan a las familias elegir escuelas para sus hijos que concuerden estrechamente con sus valores morales y escapar de escuelas que no lo hagan. O considerar los fallos judiciales que permiten a las empresas escapar de los mandatos federales de igualdad sobre la base de “creencias” religiosas, ya que retienen la cobertura del seguro médico de los empleados para formas de anticoncepción consideradas abortivas o rechazan el matrimonio de las personas LGBT. O considerar la identificación cada vez más abierta de las naciones occidentales con el cristianismo en el discurso político tanto centrista como conservador, y el compromiso de una esfera pública secular que implica esta identificación.

de las empresas a evadir las disposiciones contra la discriminación y la igualdad de protección en nombre de la libre expresión religiosa, y ampliar los derechos de las instituciones religiosas (iglesias) para actuar políticamente mientras mantienen su estado de organización religiosa sin fines de lucro. La rúbrica es la libertad, la artimaña son las corporaciones representadas como personas y el proyecto está haciendo retroceder restricciones y mandatos de todo tipo.

¹² La “justicia social”, escribió Hayek: “conducirá a la destrucción de aquel ambiente que es indispensable para el desarrollo de los valores morales tradicionales, es decir de la libertad personal” (2006, p. 268).

En resumen, expandir la “esfera personal protegida” y restringir el alcance de la democracia en nombre de la libertad desarrolla un nuevo *ethos* de la nación, uno que reemplaza un imaginario nacional democrático público, pluralista y secular por uno privado, homogéneo y familiar¹³. El primero presenta compromisos con una apertura modesta, el Estado de derecho y el pluralismo cultural y religioso. El segundo, especialmente en su forma tradicional, es excluyente, amurallado, homogéneo, unificado y jerárquico. Incluso puede ser autoritario.

La privatización económica neoliberal es profundamente subversiva de la democracia; genera desigualdad, exclusión, propiedad privada de los bienes comunes, plutocracia y un imaginario democrático profundamente oscurecido¹⁴. El segundo orden de privatización que hemos estado considerando, sin embargo, subvierte la democracia con valores morales o “familiares” antidemocráticos en lugar de valores de capital antidemocráticos (Cooper, 2016). Se libra una guerra familiar en lugar de una guerra de mercado basada en principios e instituciones democráticas. Este orden de privatización coloca la exclusión, el patriarcalismo, la tradición, el nepotismo y el cristianismo como desafíos legítimos a la inclusión, la autonomía, la igualdad de derechos, los límites a los conflictos de intereses, el secularismo y el principio mismo de igualdad¹⁵. Además, si bien ambos tipos de privatización están animados por una preocupación por la libertad, el segundo es especialmente importante para generar la formación política de una libertad autoritaria hoy. A medida que la “esfera personal y protegida” se empodera frente a lo social y se expande para

¹³ Hay algo de ironía en esto como la secuela del “Estado niñera” aborrecido por los neoliberales.

¹⁴ Esto es tema de mi *Undoing the demos* (2015).

¹⁵ A veces, por supuesto, estos se combinan: el LRRPOP de 1996 es un ejemplo.

envolver a la nación misma, asegurarla y protegerla requiere un estatismo cada vez más robusto en forma de ley, vigilancia y defensa.

Aquí, debemos evitar quedarnos cegados por el lenguaje de los derechos. Los derechos vinculados a las personas son la formación táctica con la que los compromisos democráticos con la igualdad, la civilidad y la inclusión — “justicia social” — son desafiados por la razón neoliberal ejemplificada como jurisprudencia y política pública o esgrimida por activistas de extrema derecha bajo la bandera de “libertad de expresión”. Sin embargo, las fuerzas detrás de ellos, que protagonizan las incursiones en el espacio público y rechazan lo político y lo democrático, son los valores y las demandas del mercado, por un lado, y el familiarismo cristiano heteropatriarcal, por el otro. En cada caso, los derechos se reasignan estratégicamente a otra cosa —corporaciones, propiedad, capital, familias, iglesias, blancura— desde su apego previsto a los individuos. La privatización económica y familiar de lo público, combinada con la denigración neoliberal de lo social, construyen el ataque de la derecha a la “justicia social” como tiránica o fascista. La reparación de las injusticias históricas, incluso los derechos civiles básicos de las minorías raciales y sexuales, las mujeres y otros grupos subordinados son interpretados por el neoliberalismo como dictados artificiales e ilegítimos que se basan en el “espejismo de lo social” y constituyen tanto ataques a la libertad personal como interferencia en el orden espontáneo de los mercados y la moral (Hayek, 2006, pp. 267-268). La acusación no es solo que estos proyectos sirvan a fines igualitarios en lugar de libertarios, un pecado capital en cualquier libro de jugadas neoliberal. No se trata solo de que impongan una visión política de “la buena sociedad” —ingeniería o planificación sociales— donde solo debe haber libertad, competencia y privatismo. No se trata solo de intervenciones políticas —regulatorias o redistributivas— en las que los mercados deben organizar el logro y la recompensa. No es solo

que dichos proyectos supriman las energías creativas de los individuos libres y el orden espontáneo que producen esas energías. Y no es solo que estos mismos contravengan la moral tradicional y limiten el derecho de las familias y las iglesias a influir, si no controlar, la vida cívica y el discurso de los barrios, pueblos y naciones. Más bien, estos errores están esculpidos en una figura del anticristo político según una formulación hayekiana de la libertad que valoriza y expande lo privado para reducir el alcance de lo político y desafiar la existencia misma de lo social¹⁶. Extender el ámbito de lo privado y extender la fuerza desintegradora de la desregulación a todas partes permite que una práctica novedosa de la libertad materialice literalmente la afirmación de que “no existe la sociedad”, ya que ataca los valores y las prácticas que sustentan los vínculos, la inclusión social, la cooperación social, la provisión social y, por supuesto, la igualdad social. En este punto, es fácil ver cómo a veces los discursos y las conductas brutalmente sexistas, transfóbicas, xenófobas y racistas han estallado como expresiones de libertad, al desafiar los dictados de la “corrección política”. Cuando se amplía la esfera personal protegida, cuando la oposición a la restricción y la regulación se convierte en un principio fundamental y universal, cuando lo social se degrada y lo político se demoniza, el animus individual y los poderes históricos del dominio masculino blanco se desatan y legitiman. Nadie le debe nada a nadie ni tiene derecho a restringir nada en nadie; la igualdad, como Hayek (1960) declaró sin rodeos, no es más que el lenguaje de la envidia. Mientras tanto, la oposición de izquierda al sentimiento supremacista se presenta como

¹⁶ Hayek consideró la justicia social como un “fraude semántico”, una “superstición peligrosa”, como “aquella pesadilla que hoy convierte a ciertos sentimientos elevados en instrumento para la destrucción de todos los valores de una civilización libre” (2006, p. 184) y, lo que es más revelador, genera “la destrucción de aquel ambiente que es indispensable para el desarrollo de los valores morales tradicionales, es decir de la libertad personal” (Hayek, 2006, p. 268).

una política tiránica enraizada en el mito totalitario de lo social y que se basa en los poderes coercitivos de lo político. El efecto es replantar profundamente y no simplemente reavivar las guerras culturales, que alcanzaron su punto máximo a fines del siglo XX¹⁷.

Quiero ser muy clara aquí. No estoy afirmando que Hayek u otros neoliberales imaginaran o defendieran los ataques sorprendentemente desinhibidos contra los inmigrantes, musulmanes, negros, judíos, *queers* y mujeres por parte de una derecha radical envalentonada y en crecimiento actualmente. Más bien, el punto es que estos desarrollos son en parte efectos de la razón neoliberal: su expansión del dominio y reclamo de lo privado para personas y corporaciones por igual, y su rechazo de la justicia política y social (en oposición al mercado). Si, como argumenta Andrew Lister, la “crítica de la justicia social o distributiva de Hayek tiene un objetivo muy estrecho [la intervención económica del Estado en los resultados del mercado]”¹⁸, su alcance se amplió al convertirse en parte de la racionalidad política de nuestro tiempo. Además, el desplazamiento de lo social y el ataque a lo político junto con el amplio descrédito de las normas democráticas alimentaron y legitimaron las energías que emanaban de un conjunto completamente diferente de efectos neoliberales concretos, a saber, la soberanía y la seguridad en declive de los hombres, los blancos, el cristianismo y los Estados nacionales. Estas energías de poder agraviado se expresan de diversas formas (al actuar con rabia rencorosa, pero también votando silenciosamente por candidatos de

¹⁷ La izquierda no es inmune a este desplazamiento de público con valores e inquietudes personales que se manifiesta en inquietudes con espacios seguros y desencadena advertencias.

¹⁸ Nota del traductor: aunque la autora no coloca la información de esta cita, hace referencia a Lister (2013): “Por lo tanto, la afirmación de Hayek de que la justicia social es incompatible con el orden espontáneo de una sociedad de mercado tiene un objetivo muy limitado: el deseo de asegurar la distribución de acuerdo con el principio del mérito o mérito individual” (p. 415).

extrema derecha) y apuntan a una variedad de objetos (políticos, élites liberales, inmigrantes, musulmanes, judíos, *queers*, negros). Pero estos no tendrían una forma política legítima en un orden liberal o socialdemócrata, por lo que se mantuvieron al margen de la política hasta los últimos años. El asalto de la razón neoliberal al igualitarismo, la provisión social, la justicia social, la política y la democracia, junto con su extensión de la “esfera personal protegida”, les ha dado esa forma legítima. Se trata, pues, de lo que Stuart Hall llamaría una coyuntura o lo que Foucault llamaría una formación genealógica contingente.

Examinaremos detenidamente estas nuevas energías en un momento. No obstante, estamos ahora en condiciones de comprender una de las características más desconcertantes del panorama actual, a saber, ¿cómo la derecha puede ser el partido de la libertad y el nacionalismo, la libertad y el proteccionismo, y la libertad personal maximizada y los valores sociales tradicionales? Cuando las dimensiones gemelas de la privatización, que hemos estado considerando, capturan discursivamente a la nación misma, esta deja de figurar principalmente como una democracia, y lo hace como una empresa competitiva que necesita hacer buenos negocios y atraer inversionistas, por un lado, y como una casa inadecuadamente asegurada, asediada por forasteros mal intencionados o no pertenecientes, por el otro. El nacionalismo de derecha contemporáneo oscila entre los dos.

Consideremos los continuos rebuznos de Trump sobre la historia reciente de Estados Unidos, sus malos acuerdos internacionales, desde el comercio hasta la OTAN y los acuerdos climáticos, pero también su descripción de los Estados Unidos como un país atacado por sus fronteras inseguras, y su promesa de campaña de construir un muro con una “grande y hermosa puerta” a través de la cual los entrantes legales del sur pueden visitar o unirse a “nuestra familia” (Johnson, 2015). O consideremos la campaña

“Francia para los franceses” de Marine Le Pen, que combinó los lenguajes económicos y familiares para representar a la nación: “Somos los dueños de nuestro país”, declaró en un mitin en el este de Francia, y “debemos tener las llaves para abrir la casa llamada Francia, abrirla hasta la mitad, [o] cerrar la puerta”. A lo que la multitud gritó: “Es nuestra casa” (Collins, 2017, p. 26). O, como explicó un partidario, “Ella no está en contra de los inmigrantes, solo asegura justicia [...] Es como cuando el refrigerador está lleno y podemos dar comida a nuestros vecinos, pero cuando el refrigerador está vacío damos la comida a nuestros hijos. El frigorífico de Francia está vacío”¹⁹. La justicia se reformatea como la hospitalidad valorada de un hogar privado.

Cuando la nación misma se economiza y familiariza de esta manera, los principios democráticos de universalidad, igualdad y apertura se desechan, y la nación se vuelve legítimamente antiliberal hacia aquellos designados como internos aversivos y externos invasores. El estatismo, el control policial y el poder autoritario también se ramifican, ya que los muros, la vigilancia y la securitización de todo tipo están autorizados por la necesidad de asegurar esta vasta extensión de libertad personal y desregulada. La seguridad no es lo que garantiza o limita la libertad; más bien, las paredes, las puertas, los sistemas de seguridad y las señales de prohibición de entrada se convierten en significantes de la libertad, ya que demarcan lo privado de lo público, lo protegido de lo abierto, lo familiar de lo extraño, lo poseído de lo común. El procedimiento democrático y la legitimidad también se ven desplazados por los valores de la familia y el mercado: no la negociación, la deliberación o incluso el Estado de derecho, sino que el *diktat* es la base de la autoridad del hogar, y la fuerza es la

¹⁹ Un autoproclamado “moderado” partidario de Le Pen, el alcalde de una pequeña ciudad, preguntó sobre “los jóvenes inmigrantes bien vestidos” en su ciudad, “¿qué están haciendo *chez moi*?” (Collins, 2017, p. 24).

forma en que se defiende legítimamente contra los invasores de fuera. Asegurar una vasta extensión de lo privado y de la libertad desregulada inaugura, así, nuevos espacios y valoraciones de la vigilancia, la autoridad y la titulación, cuya necesidad se intensifica por las energías sociales desinhibidas que consideraremos en breve²⁰. *Et voilà*: ¡el autoritarismo del siglo XXI en nombre de la libertad!

Las energías de la libertad y el nacionalismo de derecha

Hasta este punto, hemos considerado una lógica de gobernar la razón, pero no las energías afectivas que dan forma y contenido a las formaciones y expresiones políticas de la derecha contemporáneas. La razón neoliberal por sí misma, incluyendo su despliegue en la ley y la política y su interpelación de los sujetos, no genera movimientos nacionalistas empeñados en blanquear naciones, aislar a inmigrantes y refugiados, o difamar a feministas, *queers*, liberales, izquierdistas, intelectuales e incluso los periodistas. Dicha razón tampoco incita a la rabia rencorosa y otras pasiones antisociales, ni abre la tapa sobre lo peor de la “naturaleza humana”, la masculinidad o la blancura²¹. Aquí lo importante no son los grandes cambios ocasionados por la razón neoliberal, sino los efectos de la política económica neoliberal en contextos histórico-sociales específicos, especialmente, aquellos efectos que obstaculizan la existencia de la clase media blanca y trabajadora en las regiones rurales y suburbanas de las naciones euroatlánticas.

Repitamos brevemente lo familiar. Tanto las energías políticas de derecha como de izquierda de hoy son respuestas, en parte, al desmantelamiento

²⁰ Nuevamente, este desarrollo mueve la libertad más allá del alcance y el juego imaginado por los intelectuales neoliberales.

²¹ Incluso la extraordinariamente cuidadosa y sutil Jacqueline Rose (2016) parece coquetear con la idea de que estos desagradables impulsos están ahí, en lo profundo de la psique, esperando ser activados o liberados.

neoliberal de los ingresos habitables, la seguridad laboral, las pensiones y la educación, los servicios y otros bienes sociales financiados con fondos públicos. Estos efectos se ven agravados por las políticas comerciales neoliberales, impositivas y arancelarias que socavan la soberanía del Estado-nación y producen una carrera global a la baja en salarios e ingresos públicos. De manera incipiente, hasta que las plataformas del partido nacionalista de derecha lo eligieron, muchos blancos de clase media trabajadora destronados en Europa y Estados Unidos sintieron una conexión entre el declive de la soberanía del Estado-nación, su propio bienestar económico en declive, y el declive de la supremacía de la masculinidad blanca. Y tienen razón: la era del seguro proveedor masculino blanco y la soberanía del Estado-nación en el Norte ha terminado y fue deshecha por los trabajos de fábricas sindicalizados y deslocalizados, las viviendas asequibles que desaparecen y los movimientos globales, sin precedentes, de mano de obra y capital. Esta condición no se puede revertir, pero se puede instrumentalizar políticamente. Aquí, la figura hiperbolizada del inmigrante es especialmente potente, ya que el terrorista se fusiona con el ladrón de empleos, el criminal y el simulador del vecindario, y donde, a la inversa, las falsas promesas de restablecimiento de la potencia económica se mezclan con las falsas promesas de restablecimiento de la supremacía racial y de género. Las fronteras porosas del vecindario y la nación, el estatus socioeconómico erosionado y las nuevas formas de inseguridad se entrelazan en una lógica causal racializada y una compensación económica. Como decía el lema del Brexit, “volveremos a controlar nuestro país”. O los franceses de nuevo, “es nuestra casa”.

Sin embargo, es un error ver a los hombres blancos de clase media trabajadora como singularmente heridos por la política neoliberal y singularmente desatendidos por los políticos neoliberales. Este reproche

común a la campaña de Hillary Clinton, por parte de los principales expertos liberales —que se centró demasiado en la política de identidad y le dio poca importancia a los trabajadores blancos—, demuestra hasta qué punto el desplazamiento sufrido por los blancos y, especialmente, los hombres blancos, no es experimentado como un declive económico, sino como un derecho perdido del supremacismo reproducido política, social y económicamente. Y, por lo tanto, por qué los políticos de derecha y plutocráticos pueden salirse con la suya sin hacer nada sustancial para sus electores, siempre que unjan verbalmente sus heridas con retórica antiinmigrante, antinegra y antiglobalización, y siempre que realineen la figura y la voz de la nación con la figura y la voz del nativismo. Una vez más, ya sea que se dirijan a multiculturalistas, élites políticas, académicos liberales, refugiados, feministas o activistas de *Black Lives Matter*, la rabia de la derecha contra la “corrección política” y la “justicia social” se ve alimentada por el destronamiento de los blancos, especialmente los hombres blancos, de todas las clases²². Por sí solas, ni las expansiones neoliberales de lo privado ni las devastaciones neoliberales de la seguridad económica y política generan las feroces energías del nacionalismo racista y el grito de libertad a través del cual nace —este tercer ingrediente es necesario—. Los estallidos contemporáneos de misoginia, racismo, islamofobia y vigilantismo antiinmigrante de la derecha no estuvieron simplemente “ahí” todo el tiempo, la sórdida parte inferior de la civilización fue repentinamente liberada en la libidosfera sociopolítica,

²² El mantra, de nuevo, es la libertad; libertad para hacer y decir lo que uno quiere, tomar lo que puede y conservar lo que gana, libertad del requisito percibido de controlar el privilegio de uno y compartir la riqueza socioeconómica. Ese derecho fue y es, por supuesto, encarnado por el propio Donald Trump, no solo en sus bañeras doradas y su fanfarronería sobre el acaparamiento de coños, su evasión fiscal “inteligente”, sino en su indignación después de asumir el cargo de no poder gobernar por decreto, sus ataques a la prensa, la imposición de su prohibición musulmana o de otras maneras, como al viciar los pesos y contrapesos que son los restos de la democracia liberal.

autorizada y movilizada por políticos oportunistas y dada a una fácil plataforma por medio de las redes sociales. Más bien, estos arrebatos llevan al resentimiento y la rabia específicos del poder agraviado.

El filósofo del poder agraviado, por supuesto, es Nietzsche²³. Está, para empezar, su relato de cómo el sufrimiento, especialmente el sufrimiento de la humillación cuando se encamina a través del resentimiento, se convierte en una condena moralizante del objeto al que considera responsable. En su formulación de lo que llamó moralidad esclava, Nietzsche se centró en la piadosa autovaloración de los mansos y débiles, y la denuncia de estos a los fuertes y poderosos. Sin embargo, reconoció que la moral de los esclavos también era practicada por odiadores grandilocuentes, antisemitas y racistas, y así diagnosticó la arrogancia y los golpes de esos tipos como parte del orden de los “sentimientos reactivos y resentidos”²⁴. Mafía, intimidación, belicosidad: Nietzsche criticó estas energías dolorosas y resentidas como opuestas a las energías autosuperadoras, orgullosas y creadoras del mundo de los poderosos y creativos, las cuales él afirmó.

Ciertamente, el resentimiento es una energía vital del populismo de derecha: el rencor, el odio, la victimización apenas disimulada y otros efectos de reacción son el latido afectivo del *trolling* en Internet, los tuits y los discursos en los mítines de la derecha, y una característica sorprendente del comportamiento del propio Trump. Para el filósofo Hans Sluga (2017), sin embargo, la contribución más importante de Nietzsche a la teorización de la coyuntura actual es su tratamiento del nihilismo²⁵. A

²³ Nota del traductor: para las citas y referencias de Nietzsche se utilizaron dos traducciones ya existentes de *La genealogía de la moral* (2003) y de *La voluntad de poder* (2006).

²⁴ Para ver la idea completa, ver Nietzsche (2003, p. 116). “La lucha contra los judíos siempre ha sido síntoma de los peores personajes, los más envidiosos y más cobardes. Quien participa en él ahora debe tener mucho de la disposición de la mafia” (Nietzsche, citado en Santaniello, 1997, p. 22).

²⁵ Hans Sluga me llamó la atención sobre esto en “Donald Trump”, un artículo presentado en el Simposio de Teoría Crítica de la Universidad de California, Berkeley,

menudo mal caracterizado como nihilista, porque tuvo en cuenta la naturaleza contingente de los valores y la Verdad, Nietzsche es más apreciado como un filósofo de la era del nihilismo, que él sabía que se estaba desarrollando en los siglos posteriores al derribo de Dios por la ciencia y la razón y rompieran los cimientos de toda verdad moral y ética. Como nos recuerda Sluga (2017), para Nietzsche la era del nihilismo no significa la eliminación de los valores, sino un mundo en el que “los valores supremos pierden validez” a medida que se desprenden de sus cimientos (Nietzsche, 2006, p. 35). Los valores judeocristianos occidentales, incluidos los que aseguran la democracia liberal, pierden profundidad a medida que pierden sus fundamentos; en consecuencia, no se desvanecen, sino que se vuelven fungibles y triviales, fáciles de intercambiar, aumentar, instrumentalizar, superficializar. Estos efectos degradan aún más el valor de los valores, y profundizan inevitablemente el nihilismo de las culturas y sus sujetos.

Hoy en día existe una evidencia omnipresente de este fenómeno. Es común en la instrumentalización de los valores para el beneficio comercial y político —*branding*— y en la falta general de resentimiento por esta instrumentalización. Se manifiesta en una mayoría de la Corte Suprema de los Estados Unidos, que pretende ser “originalista” mientras estira la Constitución para sancionar todo, desde la tortura hasta la personalidad corporativa²⁶. Es evidente en una encuesta de votantes estadounidenses, realizada en octubre de 2011 y repetida cinco años después: en 2011, durante la presidencia de Obama, solo el 30 % de los protestantes evangélicos blancos creían que un funcionario electo que comete un acto

sobre las elecciones en la primavera de 2017. El artículo es parte de su trabajo más amplio que se encuentra en progreso y que trata sobre el nihilismo.

²⁶ Ver Jackson (2008). Esta última es una disertación presentada en el Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad de California, Berkeley, en diciembre de 2012. La disertación revisada se publicará en 2019 como *Law without Future*.

inmoral en su vida personal aún puede comportarse éticamente en la vida pública y profesional; esta cifra se elevó al 72 % en octubre de 2016, cuando Trump era candidato (Blow, 2017). De manera similar, en 2011, el 64 % de los evangélicos blancos consideraba muy importante que un candidato presidencial tuviera fuertes creencias religiosas, una cifra que se redujo al 49 % durante la campaña de Trump. Estos cambios fueron seguramente menos el efecto de una profunda reflexión ética que el cambio de mareas políticas. Así es como va el nihilismo: no la muerte de los valores, sino su transformación proteica, junto con su disponibilidad para proyectos de marca y propósitos de cobertura que manifiestamente no concuerdan con ellos.

Además de los valores, tanto la verdad como la razón pierden sus amarres en una época nihilista (Nietzsche, 2006, p. 36). La verdad, aún enarbolada, deja de requerir evidencia o incluso razonamiento; las constantes acusaciones de “noticias falsas” son efectivas, y las poblaciones altamente sectorizadas reciben relatos de eventos dirigidos a sus convicciones establecidas. Sin embargo, las convicciones mismas están cada vez más alejadas de la fe y son inmunes a la argumentación; apenas ocultan su emanación del resentimiento, impulso o indignación. Ejemplificada por los tabloides británicos que fomentan el apoyo al Brexit, la expresión más notoria del nihilismo es la indiferencia manifiesta de Trump hacia la verdad, la coherencia o las convicciones políticas o morales afirmativas (en contraposición a las basadas en agravios). El hecho de que los partidarios de Trump y la mayoría de los medios de comunicación de derecha compartan, en gran medida, esta indiferencia subraya el carácter nihilista de la época.

Para Sluga (2017), el trumpismo encarna otro rasgo del nihilismo como lo describe Nietzsche, uno crucial para las cualidades antisociales de la libertad en la actualidad. Esta es la desublimación de la voluntad de poder

(Sluga, 2017). Tanto Freud como Nietzsche entienden los valores y el mundo construido como sublimaciones de los instintos o pulsiones (Freud) y la voluntad de poder (Nietzsche). Ambos entendían que el salvaje animal humano era más libre, en cierto modo más feliz, en ausencia de tal sublimación, pero también en riesgo de su autodestrucción y la de los demás. Sobre todo, ambos entendían la civilización misma como producto de la sublimación. Con la devaluación de los valores por parte del nihilismo, Sluga argumenta que “hay un retroceso y un colapso de la voluntad de poder en su propia forma elemental [...]. Incluso la religión y la apelación a los valores religiosos se convierten en instrumentos cínicos para el uso desenfrenado del poder” (Sluga, 2017, p. 17).

En este colapso hay más en juego que el ejercicio del poder desenfrenado por la ética o la humildad. Más bien, escribe Sluga (2017), “lo que pasa por el camino en esta voluntad de poder desenfrenada es cualquier preocupación por los demás ... en particular el pacto entre generaciones en el que todo nuestro orden social ha descansado hasta ahora” (p. 17). De este modo, Sluga nos ayuda a comprender un aspecto de la libertad de la derecha desvinculada de la conciencia, no solo porque está delineada por el egoísmo neoliberal y las críticas de lo social, sino por la propia depresión nihilista radical de la conciencia²⁷. Combinada con el menosprecio y el agotamiento de lo social, la libertad se convierte en hacer o decir lo que a uno le gusta sin tener en cuenta sus efectos, libertad para ser genuinamente sin preocuparse por los predicamentos, vulnerabilidades o destinos de otros humanos, otras especies o el planeta. Es libertad, como

²⁷ En otro lugar he argumentado que el neoliberalismo en sí mismo expresa el nihilismo en su abandono explícito de la conciencia humana y la deliberación como medio para ordenar la conducta individual y la vida colectiva, y como base de valores y valores (Brown, 2015, pp. 201-222). Agregaría que el neoliberalismo probablemente no podría afianzarse hasta que se alcance una etapa avanzada de nihilismo, pero que también incita a ese nihilismo en su capitalización del valor.

dice Nietzsche, para “forjar la voluntad de uno” por el puro placer de hacerlo. Y cuando esta voluntad está herida y es rencorosa por la castración social o la humillación, ese convierte, como la formula Elizabeth Anker, en “libertad fea”²⁸. Al mismo tiempo, Nietzsche nos recordaría la “cualidad festiva” de esta libertad: deleitarse con los placeres de la provocación y amontonamiento, de humillar a los demás o hacerlos sufrir (“como se ha sufrido”), de bailar en las hogueras de lo que uno está quemando (Nietzsche, 2003, p. 107). Este júbilo se manifestó en algunos brexiters, es omnipresente en blogs y *trolls* de derecha, y se puede ver en el placer de retorcer a los liberales cuando son derrotados por fallos y políticas que desatan el poder puro del capital, los combustibles fósiles, el derecho a portar armas y más.

Sin embargo, la festiva libertad durante la quema de la civilización o el futuro del planeta no son lo peor del asunto. Más bien, en este giro consecuente, la libertad abandona toda afinidad con la autodeterminación política que se encuentra en Rousseau, Tocqueville o Marx; se aparta del imperativo categórico de Kant; está desvinculada del cultivo de la individualidad y el avance de la civilización de Mill; incluso deja atrás la vinculación de la libertad de Bentham al cálculo de la maximización de la utilidad. En cambio, la desintegración nihilista de los valores éticos combinada con el asalto del neoliberalismo a lo social y el desencadenamiento del derecho y el poder de lo personal generan una libertad furiosa, apasionada y destructiva —sintomática de la miseria ética incluso cuando a veces se viste de rectitud conservadora—. Esta libertad se expresa paradójicamente como nihilismo y contra el nihilismo, atacando y destruyendo mientras culpa a sus objetos de burla por la ruina de los valores y el orden tradicionales. Es libertad desenfrenada e inculta,

²⁸ Nota del traductor: esto es un manuscrito hasta el momento inédito.

libertad para poner un palo en el ojo de las normas aceptadas, libertad del cuidado del mañana, alegre en sus provocaciones y animada por reacciones agraviadas y vengativas contra aquellos a quienes considera responsables de su sufrimiento o desplazamiento. Es la libertad de “lo haré porque puedo y puedo porque no soy nada, no creo en nada y el mundo se ha convertido en nada”²⁹. Esta es la libertad que ha dejado el nihilismo, encarnada durante siglos y encarnada en la propia razón neoliberal, que no postula ningún valor aparte del generado por los precios y los mercados especulativos.

Desublimación represiva y depresión de conciencia

No más de un siglo después de que Nietzsche escribiera, Herbert Marcuse (1993) consideró la desublimación desde un ángulo diferente para teorizar la liberación no liberadora de energías instintivas en el capitalismo de la posguerra. Lo que Marcuse famosamente llamó “desublimación represiva” ocurre dentro de un orden de dominación capitalista, de explotación y de “falsas necesidades” a medida que la tecnología reduce las demandas de la necesidad y en que el deseo se incorpora universalmente en una cultura del consumo, que disfruta la creciente clase media³⁰. Este orden presenta mucho placer, incluido el obtenido por restricciones radicalmente reducidas sobre la sexualidad (un trabajo menos agotador requiere menos sublimación), pero no emancipación. Las energías instintivas en lugar de oponerse directamente a los mandatos de la sociedad y la economía, y por lo tanto requerir una fuerte represión y sublimación, ahora son cooptadas

²⁹ Hay innumerables variaciones en el relato de este votante de Trump sobre su apoyo a él: “No parece que haya ninguna diferencia en qué partido entre allí. Lo que sea que digan que harán cuando lleguen allí, en realidad no pueden hacerlo [...]. Solo quiero que él [Trump] moleste a todos, y lo ha hecho” (Rosenfield, 2017).

³⁰ Y, debemos agregar, cuando la proletarianización se traslade al Sur, beneficiará al Norte con bienes baratos y abundantes que van desde alimentos y ropa hasta automóviles y electrónicos.

por y para la producción y el *marketing* capitalistas. Como el placer y, especialmente, la sexualidad se incorporan en todas partes a la cultura capitalista, el principio de placer y el principio de realidad escapan a su antiguo antagonismo (Marcuse, 1993, p. 76)³¹. El placer, en lugar de ser un desafío insurreccional al trabajo penoso y explotador, se convierte en una herramienta del capital y genera sumisión³². Lejos de ser peligroso u opuesto, el placer pasa a formar parte de la maquinaria al no estar secuestrado en la estética o la fantasía utópica.

Esto es familiar. El siguiente giro de Marcuse, en el desarrollo de las implicaciones de la desublimación represiva, tiene que ver más directamente con nuestro problema. Según Marcuse, la desublimación no liberadora facilita la “conciencia feliz”, el término usado por Hegel para resolver el conflicto entre el deseo y los requisitos sociales al alinear la conciencia con el régimen. Marcuse se basa en Freud y Marx para radicalizar la formulación de Hegel: en las culturas ordinarias de dominación, Marcuse argumenta, la “conciencia infeliz” es el efecto de la condena superyóica de la conciencia, de los impulsos del “mal” tanto en el yo como en la sociedad (Marcuse, 1993, p. 106). Por tanto, la conciencia es a la vez un elemento del arsenal del superyó para la contención interna y una fuente de juicio moral sobre la sociedad. Como la desublimación represiva ofrece un respiro de esta estricta censura y da lugar a una “conciencia feliz” (un yo menos dividido porque es uno menos reprimido concienzudamente), la conciencia es la primera víctima. Es importante destacar que la conciencia se relaja no solo en relación con la propia conducta del sujeto, sino en relación con los errores y los males sociales,

³¹ Nota del traductor: para las citas y referencias de esta obra de Marcuse se utilizó una versión en español de *El hombre unidimensional* (1993).

³² Agregar que: “al privársele de las exigencias que son irreconciliables con la sociedad establecida. El placer, adaptado de este modo, genera sumisión” (Marcuse, 1993, p. 105).

que ya no se registran como tales. En otras palabras, menos represión en este contexto conduce a un superyó menos exigente, lo que significa menos conciencia, lo que, en una sociedad individualista y no emancipada, significa una menor preocupación ética-política en todos los ámbitos. En palabras de Marcuse (1993), “La pérdida de conciencia debido a las libertades satisfactorias otorgadas por una sociedad no libre genera una *conciencia feliz* que facilita la aceptación de las fechorías de esta sociedad. [Esta pérdida de conciencia] es la señal de una disminución de la autonomía y la comprensión” (p. 106).

Que la desublimación disminuya la fuerza de la conciencia tiene sentido intuitivo, pero ¿por qué Marcuse asocia esto con la disminución de la autonomía y la comprensión intelectual del sujeto? Su punto complejo aquí difiere del argumento de Freud en *Psicología de las masas y análisis del yo* sobre la reducción de la conciencia cuando el sujeto efectivamente la transfiere a un líder o autoridad idealizados. Para Marcuse (1993), la autonomía declina cuando la comprensión también lo hace (esta idea pertenece al cognitivista, no al racionalista, que hay en él), y esto sucede cuando no es necesaria para la supervivencia y cuando el sujeto no emancipado está impregnado de placeres y estímulos mercantiles capitalistas. Dicho al revés, la represión instintiva requiere trabajo, incluido el trabajo del intelecto³³. Por tanto, a medida que la desublimación del capitalismo tardío relaja las demandas contra los instintos, pero no libera al sujeto para la autodirección, las demandas de intelección se relajan sustancialmente³⁴. Libre, estúpido, manipulable,

³³ Incluso cuando se les dice un fuerte “no” o se sublima sus energías en formas socialmente aceptables, está respaldado y organizado por la moralidad social y la teología prevalecientes y tiene lugar en un nivel mayormente inconsciente.

³⁴ Marcuse describe una “atrofia de los órganos mentales para captar las contradicciones y las alternativas” y afirma de manera famosa: “Lo real es racional ... y el sistema establecido entrega los bienes” (Marcuse, 1993, p. 109).

absorbido por sí mismo, no adicto a estímulos y gratificaciones triviales, el sujeto de la desublimación represiva en la sociedad capitalista avanzada no solo está libidinalmente libre, liberado para disfrutar más placer, sino que está liberado de expectativas más generales de conciencia y comprensión social. Esta liberación se ve amplificada por el asalto neoliberal a lo social y la depresión de conciencia fomentada por el nihilismo.

La desublimación represiva, argumenta Marcuse (1993), es “uña y carne de la sociedad en la que los hechos ocurren, pero no es su negación en ningún lado” (p. 107). Parece libertad mientras apuntala el *statu quo* y se somete a él. Sus expresiones, dice Marcuse, pueden ser lo suficientemente atrevidas o vulgares, incluso para parecer inconformistas o disidentes; puede ser “salvaje y obsceno, viril y atrevido, bastante inmoral” (Marcuse, 1993, p. 107). Sin embargo, esta audacia y desinhibición (nuevamente, manifestada en *tweets*, blogs, *trolling* y actuaciones de *alt-right*) sintomatiza o repite en lugar de contrarrestar el orden de violencia y prejuicios, así como sus valores ordinarios (Marcuse, 1993). En opinión de Marcuse, la desublimación represiva empareja “libertad y opresión”, transgresión y sumisión de una manera distintiva, como es evidente en las expresiones salvajes, furiosas e incluso ilegales de patriotismo y nacionalismo que surgen con frecuencia de la extrema derecha en la actualidad (Marcuse, 1993).

La desublimación represiva también desata nuevos niveles y quizás incluso nuevas formas de violencia al abrir el grifo de ese otro pozo del instinto humano, el Tánatos. La desublimación del Eros es compatible, argumenta Marcuse, “con el crecimiento de formas de agresividad tanto no sublimadas como sublimadas” (Marcuse, 1993, p. 108)³⁵. ¿Por qué?

³⁵ Marcuse se aparta aquí de Freud, quien, al menos en sus últimos años, habría entendido la agresión como debilitada por una mayor salida de las energías libidinales.

Debido a que la desublimación represiva no libera al Eros por la libertad *tout court*, sino que implica una compresión o concentración de energía erótica en el lugar de la sexualidad —esto es parte de lo que hace que la desublimación sea “controlada” o “represiva” —. El Eros desublimado puede, por tanto, agitar, mezclarse e incluso intensificar la agresión. Así, Marcuse explica la creciente acomodación o aquiescencia a la violencia social y política: “un grado de normalización en que los individuos se estén acostumbrando al riesgo de su propia disolución y desintegración” (Marcuse, 1993, p. 108). Su propia referencia fue a la acumulación de armas nucleares durante la Guerra Fría, pero el punto se adapta fácilmente para acomodarse al cambio climático que pone fin al mundo y otras amenazas existenciales. Lo más importante para nuestros propósitos es que su perspicacia es sugerente para comprender la cantidad e intensidad de la agresión que se derrama desde la derecha, especialmente la extrema derecha, en medio de su frenética afirmación de la libertad individual.

Finalmente, está la explicación de Marcuse del papel del mercado en la intensificación del nihilismo teorizado por Nietzsche. Mucho antes de la revolución neoliberal, Marcuse argumenta que el mercado se ha convertido tanto en principio de realidad como en verdad moral:

La gente es conducida a encontrar en el aparato productivo [el mercado] el agente efectivo del pensamiento y la acción a los que sus pensamientos y acciones personales pueden y deben ser sometidos [...] [E]n esta transferencia el aparato asume también el papel de un agente moral. La conciencia es absuelta por la reificación, por la necesidad general de las cosas. En esta necesidad general, no hay lugar para la culpa. (Marcuse, 1993, p. 109)

Para Marcuse, sin embargo, la desublimación represiva implica lo que él llama una “compresión” o concentración de energía erótica.

Agotado ya por la desublimación que produce una conciencia feliz, los débiles restos de la conciencia se apoderan de la razón y las exigencias del mercado. Lo real es tanto racional como moral. A la vez principio de realidad, imperativo y orden moral, el capitalismo se convierte en necesidad, autoridad y verdad en uno; inunda cada esfera y es inmune a las críticas a pesar de sus manifiestas devastaciones, incoherencias e inestabilidades. No hay otra alternativa.

Conclusión

Reunamos estos hilos en una comprensión preliminar de la libertad autoritaria antidemocrática y antisocial que está tomando forma hoy. Comenzamos con el ataque de la razón neoliberal a lo social y lo político. El neoliberalismo acusa a lo social como una ficción a través de la cual se persigue la igualdad a expensas del orden espontáneo generado por los mercados y la moral. Acusa a lo político de pretender saber y hacer uso de la coacción donde, de hecho, prevalece la ignorancia y debe reinar la libertad. Un Estado despolitizado y antiregulatorio que también brinda apoyo para reclamos mejorados de la esfera personal se presenta como el antídoto para estos peligros. Sin embargo, el efecto de este antídoto es desdemocratizar la cultura política y desacreditar las normas y prácticas de inclusión, pluralismo, tolerancia e igualdad en todos los ámbitos. La defensa de estas normas y prácticas es considerada por la razón neoliberal como un esfuerzo equivocado que desdeña la libertad, reemplaza la moral con mandatos políticos y alista la ingeniería social que construye el totalitarismo. De ahí el etiquetado de “guerreros de la justicia social” como “fascistas” por la extrema derecha.

Además, a medida que la expansión de los mercados y de la moral desplaza los discursos en favor de la sociedad y de la democracia, la nación misma pasa a ser entendida como una posesión en vez de como una constitución

por la ciudadanía democrática. Esta propiedad tiene una doble cara —la de un negocio que tiene como único objetivo hacer negocios inteligentes y evitar obsequios, y la de una casa que necesita titulización en un mundo peligroso—. Juntos legitiman el antiliberalismo interno y externo, el nacionalismo nativista, incluso el autoritarismo. La libertad se convierte en un arma contra los necesitados o históricamente excluidos y, paradójicamente, solicita el crecimiento del poder estatal en forma de proteccionismo paterno, tanto económico como securitario.

Mucho de esto es la prole inadvertida, más que intencionada, de los intelectuales neoliberales, que soñaban con naciones compuestas por individuos libres ligeramente restringidos por el Estado de derecho, guiados por las reglas de conducta morales y de mercado y disciplinados por la competencia. Pero, así como el defecto fatal del marxismo fue su descuido de las duraderas complejidades del poder político (descartado como derivado o superestructural por Marx), el sueño neoliberal se ha invertido en su propia pesadilla: una cultura política de autoritarismo apoyada por masas enojadas que trafican mitos. Al igual que con el marxismo, esto se debe, por una parte, a que los neoliberales ignoraron los poderes y las energías históricamente específicos en el ámbito social, cuya existencia negaban. En otra parte, se debe a sus inadecuadas teorías del poder político y, especialmente, estatal, los cuales tomarían forma a raíz de las restricciones democráticas desmanteladas sobre el Estado y en la toma de control de la vida política por los titanes corporativos y las finanzas. También se debe en parte a la incapacidad de los neoliberales de comprender cómo las pasiones políticas antidemocráticas, antisociales y destructivas podrían ser alimentadas por los propios principios del neoliberalismo y no serían frenadas por un tejido moral cada vez más debilitado por el nihilismo.

De Nietzsche extrajimos una apreciación de cómo esta nueva iteración de la libertad se ve influida por la humillación, el rencor y los complejos efectos del nihilismo. Agraviada por los desplazamientos socioeconómicos del neoliberalismo y la globalización, la criatura reactiva de una época nihilista, con su voluntad de poder desublimada, se ve impulsada a agresiones, sin preocuparse por la verdad, la sociedad o el futuro. Las energías nihilistas intensifican el espíritu de desintegración social en la agresión del neoliberalismo hacia el contrato social, ya que estas energías dan licencia a los sentimientos, deseos y prejuicios que emanan del desarraigo y el desplazamiento de los derechos históricos de raza y género. “Make America Great Again” y “France for the French” apenas se molestan en codificarse como algo más que masculinistas, últimos jadeos o focos de supremacistas blancos. El desprendimiento de valores en una época nihilista, sin embargo, no está sujeto a rigurosos estándares teológicos o filosóficos.

La descripción de Marcuse de la desublimación represiva en el “capitalismo avanzado” añade otro aspecto a la formación. A diferencia del sujeto conservador, orientado a la autoridad, guiado por la conciencia y estrechamente identificado con la rectitud de la Iglesia y el Estado, el sujeto reaccionario de la desublimación represiva es en gran medida indiferente a la ética o la justicia. Maleable y manipulable, desprovisto de autonomía, autocontrol moral y comprensión social, este sujeto es placentero, agresivo y perversamente apegado a la destructividad y dominación de su medio. Radicalmente desinhibido, pero sin intelección ni brújula moral para sí mismo o hacia los demás, la experiencia de este sujeto —con los lazos y obligaciones sociales debilitados o rotos, subjetivamente sentidos— es afirmada por la propia cultura neoliberal. Su desinhibición está perfilada como una agresión por esa cultura, por sus

heridas y su fuente imaginada, y por las desublimaciones incitadas o invitadas por el nihilismo.

He aquí la criatura reactiva y agraviada formada por la razón neoliberal y sus efectos, que abraza la libertad sin contrato social, la autoridad sin legitimidad democrática y la venganza sin valores ni futuro. Lejos de ser el calculador, emprendedor, moral y disciplinado ser humano imaginado por Hayek y sus parientes intelectuales, este sujeto está enojado y es amoral e impetuoso, espoleado por la humillación inconfesada y la sed de venganza. La intensidad de esta energía es tremenda por sí misma, y también fácilmente explotada por plutócratas, políticos de derecha y magnates de los medios sensacionalistas que la azotan y la mantienen estúpida. No necesita ser abordado por una política que produzca su mejora concreta, porque busca principalmente un unguento psíquico desde sus heridas. Por esta misma razón, no puede apaciguarse fácilmente —está alimentado principalmente por el rencor y la desesperación nihilista inconfesada—. No se puede apelar a él con la razón, los hechos o un argumento sostenido, porque no quiere saber y no está motivado por la coherencia o la profundidad de sus valores o por la creencia en la verdad. Su conciencia es débil mientras que su propio sentido de victimización y persecución es alto. No puede ser cortejado por un futuro alternativo viable, donde no ve un lugar para sí mismo, ninguna perspectiva para restaurar su supremacía perdida. La libertad que defiende ha ganado credibilidad a medida que las necesidades, los impulsos y los valores de lo privado se han convertido en formas legítimas de vida y expresión públicas. Al no tener nada que perder, su nihilismo no niega simplemente, sino que es festivo e incluso apocalíptico, dispuesto a llevar a Gran Bretaña a un precipicio, negar el cambio climático, apoyar poderes manifiestamente antidemocráticos o poner a un inestable ignorante en la posición más poderosa del mundo, porque él no tiene nada más. Probablemente no se pueda alcanzar o

transformar, pero tampoco tiene un final. Sin embargo, ¿qué hacer con eso? Y también ¿podríamos necesitar examinar las formas en que estas lógicas y energías organizan los aspectos de las respuestas de la izquierda a los predicamentos contemporáneos?

Referencias³⁶

Anker, E. (s. f.). *Ugly Freedoms* [Manuscrito en proceso].

Blow, C. (2017, 29 de mayo). Donald Trump: the gateway degenerate. *New York Times*.

<https://www.nytimes.com/2017/05/29/opinion/donald-trump-greg-gianforte.html>

Brown, W. (2015). *Undoing the Demos. Neoliberalism's Stealth Revolution*. Zone Books.

Charlton, A. (2017, 16 de junio). Macron launches “French Tech Visa” program to woo tech industry, build “startup nation”. *Business Insider*.

<https://www.businessinsider.com/macron-launches-french-tech-visa-program-to-woo-tech-industry-build-startup-nation-2017-6>

Coates, J. (2015). Corporate speech and the first amendment: history, data, and implications. *Constitutional Commentary*, 30(2), 223-275.

<https://hdl.handle.net/11299/183130>

Collins, L. (2017, 8 de mayo). Can the center hold? Notes from a free-for-all election. Letter from France. *New Yorker*.

Cooper, M. (2016). *Family values: between neoliberalism and the new social conservatism*. Zone.

Foucault, M. (2008). *The birth of biopolitics: lectures at the Collège de France, 1978-1979*. (M. Senellart, Ed.; G. Burchell, trad.). Picador.

Friedman, M. (1970, 13 de septiembre). The social responsibility of business is to increase profits. *New York Times Magazine*, pp. 122-126

Friedman, M. (2002). *Capitalism and freedom*. University of Chicago Press.

³⁶ Nota del traductor: algunas referencias en el artículo original que fueron mencionadas, mas no citadas, son incluidas en esta traducción.

- Galligan, H. (2017, 18 de mayo). It's the black working class —not white— that was hit hardest by industrial collapse. *Timeline*. <https://timeline.com/its-the-black-working-class-not-white-that-was-hit-hardest-by-industrial-collapse-1a6eea50f9fo>
- Hayek, F. (1960). *The constitution of liberty*. University of Chicago Press.
- Hayek, F. (2006). *Derecho, legislación y libertad. Una nueva formulación de los principios liberales de la justicia y de la economía política* (L. Reing, trad.). Unión Editorial.
- Hayek, F. (2010). *La arrogancia fatal. Los errores del socialismo*. (L. Reig, trad.). Unión Editorial.
- Jackson, J. (2008). *Anti-constitutionalism: frontiers sans frontiers* [Tesis de doctorado] University of California, Berkeley.
- Johnson, K. (29 de octubre de 2015). Trump's "big, beautiful door" is a big, beautiful step in the right direction. *Time*. <http://time.com/4092571/republican-debate-immigration/>
- Lippmann, W. (1937). *An inquiry into the principles of a good society*. Little, Brown and Co.
- Lester, A. (2013) The "mirage" of the social justice: Hayek against (and for) Rawls. *Critical Review*, 25(3-4), 409-444. <https://doi.org/10.1080/08913811.2013.853859>
- Marcuse, H. (1993). *El hombre unidimensional* (A. Elorza, trad.). Planeta-De Agostini.
- Neuborne, B. (2015). *Madison's music: on reading the first amendment*. The New Press.
- Nietzsche, F. (2003). *Genealogía de la moral* (J. López, trad.). Edaf.
- Nietzsche, F. (2006). *La voluntad de poder* (A. Froufe, trad.). Edaf.
- Parker, A. y Rucker, P. (2017, 26 de marzo). Trump taps Kushner to lead SWAT team to fix government with business ideas. *Washington Post*. https://www.washingtonpost.com/politics/trump-taps-kushner-to-lead-a-swat-team-to-fix-government-with-business-ideas/2017/03/26/9714a8b6-1254-11e7-ada0-1489b735b3a3_story.html
- Roberts, L. (2016, 17 de noviembre). Why did so many white women vote for Donald Trump? *Fortune*.

- Rose, J. (2016, 15 de noviembre). Donald Trump's victory is a disaster for modern masculinity. *The Guardian*.
<https://www.theguardian.com/commentisfree/2016/nov/15/trump-disaster-modern-masculinity-sexual-nostalgian-oppressive-men-women>
- Rosenfeld, S. (2017, 23 de julio). Trump's support falling among swing-State voters who elected him, recent polls find. *Salon*.
https://www.salon.com/test2/2017/07/23/trumps-support-falling-among-swing-state-voters-who-elected-him-recent-polls-find_partner/?source=newsletter
- Santaniello, W. (1997). A post-holocaust re-examination of Nietzsche and the jews. En J. Golomb (Ed.), *Nietzsche and jewish culture* (pp. 21-54). Routledge.
- Shatz, A. (2017, 4 de mayo). Out of sight, out of mind. *London Review of Books*.
<https://www.lrb.co.uk/the-paper/v39/n09/adam-shatz/out-of-sight-out-of-mind>
- Silver, N. (2016, 22 de noviembre). Education, not Income, predicted who would vote for Trump. *FiveThirtyEight*. <https://fivethirtyeight.com/features/education-not-income-predicted-who-would-vote-for-trump/>
- Sluga, H. (2017). *Donald Trump: between populist rhetoric and plutocratic rule* [ponencia]. Critical Theory Symposium on the Aftermath of the Election of Donald Trump. Universidad de California, Berkeley.
- Swann, A. (2012). Leaving the Tories for Ukip was about freedom and aspiration. *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/commentisfree/2012/mar/06/leaving-tories-ukip-alexandra-swann>
- Tyson, A. y Maniam, S. (2016, 6 de noviembre). Behind Trump's victory: divisions by race, gender, education. *Fact Tank*. <https://www.pewresearch.org/fact-tank/2016/11/09/behind-trumps-victory-divisions-by-race-gender-education/>
- Wu, T. (2013, 2 de junio). The right to evade regulation. *The New Republic*.
<https://newrepublic.com/article/113294/how-corporations-hijacked-first-amendment-evade-regulation>